

# UN LITERATO AL MARGEN DE LAS CORRIENTES. BRUNO PORTILLO Y PORTILLO (1855-1935).

A LITERARY FIGURE OUTSIDE THE MAINSTREAM. BRUNO  
PORTILLO Y PORTILLO (1855-1935).

Jesús Daniel LAGUNA RECHE\*

*Fecha de recepción del trabajo: septiembre de 2013.*

*Fecha de aceptación por la revista: octubre de 2013.*

## RESUMEN

La obra literaria de Bruno Portillo y Portillo apenas tuvo importancia en su época y actualmente es prácticamente desconocida. Vivió acomodadamente entre Huéscar, Murcia y Madrid, dedicado a la gestión de sus propiedades, el trato con la alta sociedad cortesana, las labores políticas –fue diputado provincial y en Cortes–, y la creación literaria. Fue ante todo poeta, aunque también escribió teatro y novela, si bien algunas de sus obras no fueron editadas y no han llegado hasta nosotros. En ellas defendía la moral tradicional católica y criticaba todos los defectos de la actividad política nacional y los abusos del caciquismo rural.

**Palabras clave:** Drama histórico; Poesía.

**Identificadores:** Portillo y Portillo, Bruno.

**Topónimos:** Guadix (Granada); Murcia; Madrid; España.

**Periodo:** Siglos 19, 20.

## SUMMARY

The literary *oeuvre* of Bruno Portillo y Portillo had scant importance in his lifetime and is virtually unknown today. His stress-free itinerary took in Huéscar, Murcia and Madrid, comprising managing his estates, mixing with the high society of the Court, political responsibilities as provincial and parliamentary representative, and writing. He was first and foremost a poet, although he also produced novels and plays, some unpublished and no longer extant. He spoke up for traditional Catholic morality and highlighted the shortcomings of national politics and the rigging of local appointments.

**Keywords:** Historical drama; Poetry.

**Subjects:** Portillo y Portillo, Bruno.

**Place names:** Guadix (Granada); Murcia; Madrid; Spain.

**Period:** 19<sup>th</sup>, 20<sup>th</sup> centuries.

---

\* *Licenciado en Historia y profesor de Enseñanza Secundaria en el IES «Enrique Tierno Galván» de Madrid. Correo electrónico: jesusdlaguna@yahoo.es*

## 1. INTRODUCCIÓN.

En el panorama literario español de los años que van desde la caída de Isabel II en 1868 hasta el estallido de la Guerra Civil en 1936, despuntaron algunos literatos cuyos nombres huelga mencionar, que por su especial valía como dominadores del lenguaje y del arte de la creación literaria ensombrecieron merecidamente a una larga lista de autores menores, de segunda, tercera o cuarta categoría —eso de las categorías es bastante subjetivo—, o sencillamente denostados por la crítica oficial del momento que les tocó vivir. Con poco eco en la prensa y escasos huecos en los centros academicistas y certámenes literarios, sus obras muchas veces apenas dieron que hablar, cayeron pronto en el olvido y en la actualidad poco se sabe de ellas y de sus autores.

Uno de ellos es Bruno Portillo y Portillo, nacido en Almería pero vinculado por sus orígenes familiares y sus posesiones a Huéscar y Murcia. Escribió durante muchos años, desde niño hasta bien pasados los setenta —publicó su último libro a los 76 años—, pero no dedicó su vida a la literatura ni llevó un ritmo constante de trabajo. Hombre culto pero casi sin estudios, supo vencer las dificultades de su



*Retrato fotográfico de Bruno Portillo y Portillo.  
Archivo Vicente González Barberán.*

temprana ceguera y llegó a ser buen conocedor de multitud de escritores, pensadores, compositores y artistas en general de todas las épocas, españoles y extranjeros, y andaba siempre al corriente de la actualidad nacional e internacional. La creación literaria fue para él un entretenimiento, nunca un medio de vida; le servía para expresarse con libertad y exponer sus sentimientos y sus ideas, alegrías, desesperanzas y preocupaciones. Él era su propio editor, imprimía a su gusto y a su costa, y hacía lo que le parecía con los libros, sin depender de criterios comerciales e intereses editoriales. Sus obras, nacidas al margen de tendencias y estilos literarios, nos sumergen casi ocho décadas después de su muerte en el mundo de las desigualdades entre ricos y pobres, en el atraso y la miseria moral, económica y cultural del interior rural andaluz, la corrupción política, las convenciones sociales y

moralistas ligadas a la tradición, la necesidad de renovación nacional y otras cuestiones de la actualidad de aquellos días, y nos revelan los pensamientos, las inquietudes y los anhelos de un hombre lleno de lucidez que buscó sin éxito por medio de la palabra escrita el progreso cultural y económico de su tierra.

## 2. ASPECTOS BIOGRÁFICOS.

Bruno Portillo y Portillo nació en la ciudad de Almería el 31 de marzo de 1855<sup>1</sup>. Fue el único hijo de Francisco Portillo y Estrada, por entonces oficial de segunda clase de Hacienda, nacido en Huéscar, y de su prima hermana Rafaela Portillo y Portillo, natural de Granada y descendiente por línea paterna, como don Francisco, de una familia noble de amplia vocación militar procedente de Caravaca de la Cruz (Murcia)<sup>2</sup>, emparentada con algunos títulos nobiliarios de Castilla, como el Ducado de Frías, el Condado de Colmenar de Oreja y el Marquesado del Fresno<sup>3</sup>.

Siendo Bruno niño de corta edad, la familia dejó Almería y se trasladó a Madrid, donde su padre ejerció como jefe de administración civil en el Ministerio de Fomento y delegado regio del Canal de Castilla hasta que, en contra de lo prometido, fue cesado tras la revolución que en septiembre de 1868 destronó a la reina Isabel II. Decidió entonces don Francisco regresar a Huéscar para dedicarse al cuidado de su cuantiosa hacienda. Ya por esos años sufría el poeta una enfermedad en los ojos que, si bien tardó muchos años en dejarlo completamente ciego, sí le obligó, antes de dejar Madrid, a abandonar la segunda enseñanza y le impidió desde la niñez leer y escribir, habilidad esta última que apenas le permitía firmar muy toscamente. Este hecho hizo que siempre necesitase alguien que le leyera e hiciera de amanuense, para pasar a papel entre otras cosas sus composiciones literarias y artículos de prensa. Curiosamente no fue la falta de visión lo que le permitió eludir el servicio militar en 1875, sino que se acogió a la posibilidad de redimirlo mediante el pago de un derecho<sup>4</sup>.

El traslado de la familia a Huéscar no fue definitivo para Bruno, quien pronto volvería a establecer su residencia en Madrid, en el número 41 de la céntrica y conocida calle de la Princesa<sup>5</sup>; aunque sus desplazamientos a Granada, Huéscar, Almería y Murcia fueron bastante habituales<sup>6</sup>. Su importante patrimonio le permitió llevar una vida acomodada y formar parte de la alta sociedad burguesa cortesana, en cuyas reuniones, fiestas y veladas musicales participaba sin que su casi total falta de visión fuese impedimento. Fue jefe honorario de la Administración civil desde 1892<sup>7</sup>, comendador de la Orden de Isabel la Católica desde 1893<sup>8</sup>, y caballero de la Orden de Alcántara desde 1903. Formó parte de diferentes corporaciones literarias y culturales, entre ellas el Ateneo de Madrid, en el que ingresó en 1902<sup>9</sup>, y el Patronato Social de Buenas Letras de Madrid, del que obtuvo en 1917 el diploma de socio benemérito<sup>10</sup>. Esta actividad social y cultural le acercó a gran cantidad de personajes destacados de la política, la vida cultural madrileña, el Ejército, la burguesía y la nobleza de nuevo cuño. Amigos suyos fueron, por ejemplo, Francisco Silvela, presidente del Gobierno y varias veces ministro; Alberto Aguilera, alcalde de Madrid; Natalio Rivas, ministro de Instrucción Pública y Bellas



*Panteón donde reposan los restos de Bruno Portillo y sus padres, en el cementerio de San José de Huéscar.*

*Foto: Gonzalo Pulido Castillo.*

Artes en el gobierno de Manuel Allendesalazar, etcétera.

En Huéscar fue don Bruno, al margen de su faceta como modesto poeta y breve editor de prensa, un muy conocido y bien situado propietario, que supo aumentar sus tierras de cultivo comprando a los Marqueses de Corvera, con quienes le unía una íntima amistad y para quienes actuaba como administrador a pesar de su muy escasa vista, algunas de sus más valiosas y productivas fincas, en las que empleó uno de los primeros tractores que hubo en la zona norte de Granada<sup>11</sup>. A esta incipiente inclusión de la maquinaria en el trabajo agrícola se añaden la creación en 1906 del semanario *El Campesino Andaluz*, que existió hasta 1914<sup>12</sup>; el ofrecimiento de 1.000 pesetas al presidente de la Diputación de Granada, Rafael Hita, para promover la compra de un aeroplano que pudiese operar en África<sup>13</sup>; y la creación en 1925 de una institución benéfica con fines educativos<sup>14</sup>.

Su condición de hacendado le abrió las puertas a la política local, aunque no tuvo interés por ocupar un puesto en el Ayuntamiento oscense. Sí consta su enfrentamiento con el alcalde Andrés García de la Serrana, a quien se acusaba de usurpar montes públicos para realizar grandes talas de pinos y vender la madera en el aserradero de su propiedad<sup>15</sup>. Su interés por la política de más altura le llevó a la lucha electoral en la Diputación Provincial de Granada y en Cortes. En el primer caso, fue candidato al menos en 1890<sup>16</sup> y diputado por el distrito de Baza-Huéscar como mínimo entre los años 1892 y 1925<sup>17</sup>, aunque vivió retirado de la actividad política durante muchos de esos años. Luchó en las elecciones a Cortes con el partido conservador en los años 1886 y 1896<sup>18</sup>, y consiguió la elección por el distrito de Huéscar en los comicios del 16 de abril de 1899, aunque uno de los derrotados, su compañero de partido Luis Silvela, sobrino del presidente del Consejo de Ministros, consiguió la impugnación de su acta y evitó, alargando los debates de la Comisión de Actas y secuestrando el

expediente en casa de su hermano Faustino, que pudiese ser aprobada a pesar de los dictámenes favorables<sup>19</sup>.

Retirado de la política, soltero y dedicado a la gestión de sus propiedades, Bruno Portillo y Portillo falleció en la ciudad de Murcia en la madrugada del día 3 de marzo de 1935 a los 79 años de edad. Dos días después, sus restos mortales fueron sepultados junto a los de sus padres en el panteón familiar del cementerio municipal de San José de Huéscar<sup>20</sup>, en una ceremonia en la que su protegido y amigo Pascual Dengra López<sup>21</sup> colocó sobre su tumba una bandera de España y una flor, cumpliendo la voluntad que había expresado en uno de sus poemas<sup>22</sup>. Pascual Dengra fue autor de una nota necrológica en la que honraba la memoria de quien durante muchos años había sido su protector. Probablemente sea dicha nota el texto que se leyó en la ceremonia de entierro del poeta, pero no he podido constatarlo. Recojo aquí algunas de sus palabras<sup>23</sup>:

“Su mano continuamente abierta derramó el bien; su consejo limpio y sabio perfiló orientaciones, su óbolo espléndido fue siempre el primero para toda buena obra.

[...] Hombre de altos ideales, supo defenderse cuando se le atacaba, pero noble de corazón, aún más de lo que era por la sangre, perdonaba, y lo vimos suspirar por la desgracia del que le hizo daño.”

La muerte de don Bruno tuvo también su eco en el Ayuntamiento de Huéscar, que el 6 de marzo de 1935, bajo la presidencia del segundo teniente de alcalde, Manuel Rodríguez Penalva, acordó expresar su pesar y dar el pésame a la familia del poeta<sup>24</sup>.

### 3. LA PRODUCCIÓN LITERARIA DE BRUNO PORTILLO.

La afición de don Bruno por la literatura fue bastante temprana. Siendo niño ya colaboraba en el periódico *La Cotorra*, dirigido por Ángel Rubio, marqués de Valle Ameno y catedrático de la Universidad de Zaragoza; y fue también actor en la compañía infantil de teatro que dicho editor dirigía, en la representación de las obras *O'Donnell* y *Muley Abbas*, de José de Castro y Orozco, III marqués de Gerona<sup>25</sup>. Con catorce años escribió sus primeras poesías y las leyó en público. A los diecisiete compuso su primera obra dramática, y antes de los treinta ya había escrito cinco dramas y conseguido la representación de uno de ellos, y publicado una amplia colección poética.

Fue ante todo poeta, y aunque parte de su producción ha desaparecido, se puede decir sin temor al error que apenas cultivó el teatro y la novela. Algunas de sus obras obtuvieron el reconocimiento de la crítica en varios certámenes literarios y en prensa, reconocimientos que emanaban según el poeta del libre juicio de los firmantes, nada influidos por presiones o esperanzas de futuras recompensas por su parte:

“He mantenido decorosamente con la pluma el buen nombre que me legaron los míos, y que ellos supieron enaltecer con la espada, a veces a costa de la vida. [...]

Si no he llegado a volar a gran altura, tampoco he desdorado mis modestos laureles con adulaciones que procuren triunfos inmerecidos.”<sup>26</sup>

Para acabar con la decadencia en que según él se encontraba la poesía, Portillo defendía el acercamiento de la misma al pueblo, haciendo uso de un lenguaje sencillo y ofreciendo ediciones al alcance de sus maltrechas economías:

“Hay, pues, necesidad de dar los versos baratos y hasta de regalarlos, si es posible sufragar los gastos de la impresión; pues esto y más exige lo que pudiéramos llamar propaganda poética; y hasta convendría poder dar dulces a los que en medio de la febril agitación con que se buscan los bienes materiales en la actual sociedad, tienen la extraña ocurrencia de dedicar algo de su tiempo a un honesto esparcimiento del espíritu.”<sup>27</sup>

Frente a esta loable pretensión, al margen de la calidad literaria de los versos que ofrecía, el poeta fue objeto de un comentario absurdo en que se mezclaban asuntos que en nada están relacionados. Fue en 1890, al editar su segundo libro, *Entretenimientos. Leyendas y poemas*, con el que pretendía contribuir “a sostener, en la medida de sus fuerzas, la desdeñada poesía de nuestra patria”. A propósito de estas palabras, dice un periódico:

“Más conveniente sería para esta tan invocada patria, dado que por el gran número de poetas españoles que publican sus versos, no está amenazada de muerte la forma poética, que dedicaran su actividad intelectual los versificadores a mejorar la industria y la agricultura, y cuanto puede levantar a la nación de su decaimiento material.”<sup>28</sup>

### 3.1. TEATRO.

Cinco son las obras dramáticas que conocemos de Bruno Portillo, y solo cuatro de ellas han llegado hasta nosotros. Por indicación de su autor, sabemos que en 1872 escribió su primer drama, *Elvina*, que no llegó a representarse ni publicarse por recomendación de algunos amigos, quienes pronosticaban un gran fracaso, y cuyo texto desconocemos<sup>29</sup>. Los otros cuatro estaban escritos antes de marzo de 1877 y fueron publicados en 1906 en un único volumen con el nombre de *Obras dramáticas*<sup>30</sup>. Llevan por título *Don Ramón Berenguer*, *No siempre el refrán acierta*, *Lo que está de Dios* y *Los vándalos del día*. Dos de ellas obtuvieron reconocimiento público:

- *Lo que está de Dios*. Fue escrito en 1873 y narra en tres actos el amor de dos hombres por la misma mujer en la Córdoba de fines del siglo XV, que acaba felizmente con la muerte de aquél a quien ella repudia. Fue premiada en 1875 por el Ayuntamiento de Granada, y en 1876 fue representada en el Teatro de Huéscar por la compañía de Pastora Jiménez. Posteriormente el texto fue reformado por el autor.
- *Don Ramón Berenguer*. Obra ambientada en Cataluña en el año 1097, al ser proclamado el protagonista como conde de Barcelona. Consiguió en

noviembre de 1882 un accésit al “premio extraordinario” de la Sociedad Lírico Dramática Julián Romea de Barcelona, que además obsequió a Bruno Portillo con su nombramiento como socio de mérito de la misma<sup>31</sup>. El poeta José Luis Cano<sup>32</sup> afirmaba en 1972 que este drama está dividido en cinco actos<sup>33</sup>. Ignoro de dónde procede ese dato, pero lo cierto es que fue editado en tres actos. Sobre la posible reacción del público, tenía sus dudas el célebre escritor e historiador granadino Aureliano Fernández Guerra:

“Yo veo mucha inexperiencia en *Don Ramón Berenguer*; no sé qué efecto hará la figura del conde de Barcelona, ni la muerte y resurrección de la condesa. No sé tampoco si los actores y empresarios se apresurarán a poner en escena el drama, o le tendrán en cartera cuatro años.”<sup>34</sup>

- *No siempre el refrán acierta* es una comedia acerca de un marido celoso y desconfiado en el Madrid de la época (hacia 1877). Está escrita en verso, y en ella el autor deja abierta la opción de representar la obra reduciendo los tres actos con que se plantea a dos, para lo cual ha de suprimirse la escena XIII y dejarse la escena XIV como primera del segundo acto.
- Por último, *Los vándalos del día* narra la trágica lucha de poder en plena campaña electoral entre dos caciques rivales, uno de ellos rechazado en sus amores por la hija del otro.

### 3.2. NOVELA.

Muy breve es también la producción narrativa de Bruno Portillo, y tampoco ha llegado toda a nuestros días. En 1872 había escrito *El duelo*, que formaba una trilogía en prosa con *En los campos* y *Por la injusticia*, y cuya publicación, finalmente no llevada a cabo, fue anunciada en la edición de *Obras dramáticas*, aparecida en 1906. Ningún texto de esas obras se ha conservado, al menos que nosotros sepamos.

*El tardo arrepentimiento*, novela en verso castellano escrita en 1877, fue premiada en un certamen celebrado en Gerona el 1 de noviembre de 1902<sup>35</sup>, y permaneció inédita hasta 1908, en que fue publicada en Huéscar dentro de la colección de poesías titulada *Obras poéticas*. El texto está compuesto por cinco capítulos o “cantos”, y narra la historia trágica de una joven, hija única y de padre anciano, que es raptada de su casa en un pueblo de mar y llevada a México por el Señor de Olmedo.

*Cuentos y novelas cortas*, publicada también en Huéscar por *El Campesino Andaluz*, en 1909, reúne cuatro títulos: *La casa de descanso*, *Los acaparadores*, *Los segundos lugares* y *Señoritines*.

- *La casa de descanso* es una historia de celos ambientada en Madrid en 1878, tras la pacificación de Cuba en la Paz de Zanjón, y protagonizada por un soldado que ha servido en Cuba a las órdenes de un victorioso general, inspirado sin duda en la figura del general de división Manuel Portillo y Portillo (Huéscar, 1823-Madrid, 1874), tío materno del poeta y protagonista de

célebres victorias sobre los insurrectos cubanos. A lo largo de la acción se nombran las batallas en las que venció, y que por ello le ganaron la gloria en aquella contienda<sup>36</sup>.

- La trama de *Los acaparadores*, parcialmente inacabada, se desarrolla en un barrio industrial de Barcelona, ciudad que el autor no conocía, adonde emigra procedente de Madrid una familia humilde. Debido a la codicia de algunos de sus miembros, que pretenden hacer negocios ilícitos, surgen odios y revanchas, problemas que se unen a infidelidades, hijos ilegítimos –uno de ellos entre un marqués y su criada– y muertes trágicas. Un guiño a su tierra, a la que siempre tuvo en mente, es la caprichosa presencia en la obra de un personaje al que hace nacido en el distrito de Huéscar: el director de una prisión de Barcelona, aunque en ningún momento la acción tiene relación con este pueblo ni con su gente.
- *Los segundos lugares* se desarrolla en Madrid. La mujer de un escultor se niega a corresponder a los deseos amorosos del ayudante de su esposo, quien se suicida pegándose un tiro cuando ella se niega a huir con él. Encarcelada por acusarse a sí misma del crimen, se quita la vida arrojándose por la ventana de la prisión.
- *Señoritines* es la primera parte de una trilogía completada con las obras *La hija del ama* (Huéscar, 1910) y *La Señora Casualidad* (Huéscar, 1911), y constituye con diferencia la novela más larga de Bruno Portillo. La acción recrea las peripecias de algunos labradores hacendados de un pueblo costero andaluz, donde son propietarios de un molino harinero y varios molinos aplicados a la producción de electricidad.
- *En la frontera* y *Fuensantiquia* (Madrid, 1917) son dos breves novelas editadas en un mismo volumen. La primera narra la apacible vida de un matrimonio burgués de la época –se dice expresamente que la Primera Guerra Mundial no ha finalizado aún–, formado por una joven viuda con una hija pequeña, y su nuevo esposo, un solterón caballero de la Orden de Calatrava, de bastantes años más que ella. *Fuensantiquia* es una brevísima y melancólica historia de tan solo diecisiete páginas, protagonizada por una joven y humilde campesina de la huerta de Murcia, que por un lado goza la felicidad del matrimonio y por otro sufre la tristeza de la temprana viudez y las represalias por rechazar los amores del terrateniente.

### 3.3. POESÍA.

Animado por su tío Manuel Portillo y Portillo para que aprendiese a escribir, para lo cual le había regalado una pluma de oro<sup>37</sup>, Bruno Portillo comenzó a llevar al papel sus versos recién llegado a Huéscar, y de 1869 data su producción fechada más antigua<sup>38</sup>, la poesía “La mujer y la rosa”, que junto a otras composiciones leyó en 1870 en la Sociedad Cervantes de Huéscar<sup>39</sup>; y en 1871 en el Liceo de Granada<sup>40</sup>, tras haber sido sometidas a la censura previa de su presidente, el tam-

bién poeta Aureliano Ruiz<sup>41</sup>. Esos primeros versos le proporcionarían sus primeras alegrías en el mundo de la creación literaria, cuando el primer presidente de la citada Sociedad Cervantes, Saturnino Calzadilla y Martín<sup>42</sup>, leyese públicamente este sentido poema dedicado al entonces jovencísimo y recién estrenado poeta:

“Escúchame, poeta: el dulce acento  
que viertes en raudales de armonía,  
aquí en mi pecho renacer lo siento,  
y suspenso se queda el alma mía.

Gratos recuerdos murmuró a mi oído  
cual el ave que llora entre los montes,  
o canta con acento dolorido  
bajo el azul de extensos horizontes.

Rasga, poeta, de tu genio el velo,  
que del mundo y sus luchas te destierra;  
que tu alma viva en la región del cielo,  
y sus cantos se escuchen en la tierra.

Canta, poeta, que tu voz ardiente  
es eco dulce que el amor inflama;  
es el murmullo de argentina fuente,  
que en tazas de oro su raudal derrama.

Cuando escucho tu cántico sublime  
rozar mi oído y suspirar sonoro,  
dudo si es eco del amor que gime,  
o si es un ángel con su plectro de oro.

Tú mides de los genios la grandeza  
sin necio orgullo de falaz victoria,  
y arrancas de los cielos la belleza  
para mostrarnos ráfagas de gloria.

Las notas de tus célicos cantares  
son ecos que suspiran en la playa  
las voces turbulentas de los mares,  
y el viento que en las frondas se desmaya.

Vives y cantas en el templo santo  
del genio y la armonía reunidos,  
y das al hombre en armonioso canto  
los ecos de la gloria confundidos.

No te arredra pisar en cumbre erguida  
allá en la cima donde el viento ruge,  
ni te ofusca la lumbre derretida  
que del volcán en torbellinos cruje.

Si de tu sien levantas el tesoro  
donde giran los mundos a millones  
y alzas a Dios tu cántico sonoro  
dominando los fieros aquilones,

no se apaga tu voz ni el canto cesa  
en lucha con las furias de los vientos;  
que mundos más lejanos atraviesa  
el vuelo de tus grandes pensamientos.

No ceses de cantar, tierno poeta;  
que el cielo te reserva sus amores,  
y el mundo, en su carrera desinquieta,  
sus coronas, aplausos y sus flores.”

En 1883 publicó en Madrid su primera colección de poesías en un volumen titulado *Preludios de una lira*<sup>43</sup>. Remitió ejemplares a multitud de revistas y diarios para que le dedicasen siquiera unas breves palabras, y cierto es que muchos lo hicieron, y muy favorablemente<sup>44</sup>. En otros casos no hicieron más que anunciarlo<sup>45</sup>. Una revista lo juzgó así de bien:

“Entre la multitud de poesías que salen a la luz merecen estas un puesto distinguido por su facilidad, elegancia y lenguaje correcto, que hacen su lectura amena y agradable desde las primeras páginas, encerrando pensamientos que tienen el mérito de enseñar sin parecerlo, ya sea en la forma épica o bien cantando el amor y sus dulces ilusiones. El autor se inspira en los sentimientos más sublimes de religión y patria; su filosofía es enérgica y viril, evocando nuestras antiguas glorias



Retrato fotográfico de Bruno Portillo y Portillo (1883).  
 Archivo Vicente González Barberán.

en contraposición de la decadencia moral que amenaza algunas modernas sociedades minadas por el interés y el egoísmo.”<sup>46</sup>

Una buena parte de los ejemplares de esta obra fue embargada tras la quiebra de la editorial, aunque el autor salvó los que pudo<sup>47</sup>. En 1890 publicó su segundo libro, *Entretenimientos. Leyendas y poemas*<sup>48</sup>, formado por largos relatos en verso escritos antes de la aparición de *Preludios de una lira*, pero que el autor dejó en el cajón intencionadamente para editarlos en un volumen aparte. En esta ocasión, ni el autor ni la empresa editorial se preocuparon de publicitar la obra, cuya edición fue adquirida casi completa por la Biblioteca de Ferrocarriles, para ofrecer los libros a sus sufridos pasajeros, de manera que sus versos, como reconoce el propio Portillo, pasaron casi inadvertidos. No volvió a editar poesías hasta 1908, año en que apareció *Obras poéticas*<sup>49</sup>, amplia colección que recoge versos escritos en algunos casos más de veinte años

atrás. En 1912 editó *Rumorosas*<sup>50</sup>, un libro mucho más breve que los anteriores y formado por composiciones de mayor extensión. Una de ellas, titulada “La fuerza y la hermosura”, obtuvo una mención honorífica en Juegos Florales. Sabemos que algunos ejemplares de ambos títulos fueron enviados a las redacciones de prensa, pero también pasaron sin pena ni gloria por el panorama poético contemporáneo. Igual suerte correrían los siete poemarios posteriores, impresos todos en Madrid y muy pronto caídos en el más absoluto olvido: *Relámpagos* (1916), *Centelleos* (1917), *Frivolidades* (sin fecha, entre 1917 y 1923), *La dictadura* (1923), *Polítiques* (1926), *Idealidades* (1929) y *Las responsabilidades* (1930).

Aparte de los títulos mencionados, Bruno Portillo publicó poemas sueltos en varias ocasiones en la revista *La Alhambra*: “Lo mediocre”, el 31 de mayo de 1914; “La hermosa y el sabio”, el 15 de marzo de 1916; “A un melenudo”, el 31 de agosto de 1916; “Los plumíferos”, el 31 de marzo de 1917; “Vuelos del alma”, el 15 de abril de 1917; “Las cabecitas locas”, el 30 de junio de 1919; “El tiro de pichón”, el 31 de mayo de 1921; y “Los contemplativos”, el 31 de agosto de 1923.

En cuanto a los esquemas métricos empleados en sus versos, la amplísima obra poética de Bruno Portillo y Portillo demuestra el claro conocimiento que el poeta tenía de los tipos de estrofa empleados en la lírica española, tanto culta como tradicional, así como la facilidad con que versificaba respetando la longitud

de los versos y las rimas, si bien éstas eran bastante sencillas. A este respecto, decía José Luis Cano cómo “Bruno Portillo era un vate fecundísimo, versificaba con facilidad suma, y rimaba como quien mea”<sup>51</sup>.

Lo cierto es que, siendo claro su gusto por la rima fácil, en conformidad con el deseo de acercar la poesía a la gente sencilla, no se puede negar a don Bruno su destreza en la aplicación estricta de los muchos esquemas estróficos que utilizó; más aún si consideramos que su falta de visión le impedía leer y escribir, y le hacía necesaria la ayuda de otra persona. En una de sus poesías, al referirse a una de sus ahijadas, refiere ser “la mayor de todas de quince abriles; / la ocupo en la lectura cuando es poquito; / a la verdad, le faltan ciertos perfiles; / mas como leer no puedo, la necesito”<sup>52</sup>.

Emplea tanto versos de arte mayor como de arte menor; los más recurridos son heptasílabos y endecasílabos, algo menos los octosílabos, y en escasas ocasiones versos de cinco, doce y catorce sílabas. En cuanto a los tipos de estrofa utilizados, aunque no agota las posibilidades que ofrece la poesía española, la variedad es enorme: soneto, serventesio de once y doce sílabas, copla de pie quebrado, copla de arte mayor, copla sáfica, octava real, octavilla italiana, romance, romance heroico, silva, silva arromanzada, estancia, pareado, quintilla, seguidilla, soleá, redondilla, quinteto, cuarteta, etc. A veces resulta difícil separar las diferentes estrofas de un poema, debido a la frecuente ausencia de sangrías y espacios entre versos finales e iniciales.

### **Una novedad editorial en 1914: *La Antología de poetas andaluces*.**

En 1914 Bruno Portillo publicó en Huéscar, en colaboración con su gran amigo el poeta cordobés Enrique Vázquez de Aldana<sup>53</sup>, una *Antología de poetas andaluces* que reúne a un total de 103 autores, entre ellos el propio Portillo y el también oscense Narciso Romo del Pino<sup>54</sup>. Los recopiladores quisieron reunir poemas de autores desconocidos y olvidados del público, muchos de ellos noveles y con un futuro a su juicio prometedor, y para lograrlo enviaron a multitud de ellos invitaciones a participar con parte de su obra en el proyecto. La ausencia de los más importantes poetas del momento, como los hermanos Machado, se justificó con que ya habían alcanzado fama y prestigio, y no necesitaban por ello que nadie los diese a conocer. Otros no figuran porque no respondieron al ofrecimiento de incluir sus poemas en la *Antología*.

Los autores remitieron ejemplares de esta *Antología* a las redacciones de diferentes revistas y periódicos para someterse al juicio de la crítica, y no todas las opiniones fueron positivas. El diario ABC afirma que Portillo y Aldana “gozan de justo renombre, tanto por su inspiración como por ser versificadores fáciles y correctos” y “han conseguido recopilar una interesante colección de escogidas composiciones, que seguramente habrá de ser bien acogida por los aficionados a las letras y con especialidad a la poesía”<sup>55</sup>. Por su parte, *El Heraldo de Madrid* se limita a decir que ha sido “laboriosamente ordenada”; y *La Correspondencia Militar*, también parca en elogios, opina positivamente y anima a los autores con un

“¡Adelante!”<sup>57</sup>. La revista *La Alhambra*, dirigida por amigos de Portillo y Aldana, es bastante subjetiva, que sigue su línea editorial, opuesta a las tendencias poéticas del momento, y muy apegada a las formas y temáticas más tradicionales:

“Es este un interesantísimo libro, que demuestra la gran cultura y excelente espíritu crítico de los autores [...]”<sup>58</sup>

Las palabras anteriores, marcadas por la amistad hacia los autores y carentes por ello de la mínima crítica literaria, contrastan con las del mucho más extenso y objetivo artículo que el crítico sevillano Rafael Cansinos Assens<sup>59</sup> dedicó en las páginas de *La Correspondencia de España*. Sin dejar de valorar la ardua labor de reunir en un volumen una representación de la variedad poética andaluza, hace una muy severa reprimenda a los recopiladores por incluir a una gran cantidad de nombres insignificantes. Y aunque la forma de expresarlo revele la profunda cultura del crítico, el lenguaje utilizado para comentar esta antología es demasiado pedante y contiene un buen toque de prepotencia. Éstas son algunas de sus durísimas palabras:

“¿Es aceptable una antología en la que faltan poetas tan grandes como los dos Machados, Antonio y Manuel, que han sido precursores y creadores de nuestra más moderna belleza, y como Celedonio José de Arpe [...] ¿Y qué decir de esos innumerables aquí recogidos en una profusión funeraria y con una hospitalidad de osario, verdaderos vates por lo arcaicos y delirantes, que inundan las páginas de quintillas y décimas, insuperables de perfección gárrula y huera, y que recuerdan la deplorable inspiración cantora de las cigarras del mediodía? [...] Esta Antología no puede ser dignamente la representación, la suma, el libro de oro de la poesía andaluza. Si hubiéramos de aceptarla como tal, tendríamos que llorar.”<sup>60</sup>

El diario *El País* es también crítico con esta antología, al advertir los defectos en cuanto a los autores incluidos, aunque con menor dureza:

“Los señores don Bruno Portillo y don Enrique Vázquez de Aldana han acometido con buena intención y ferviente amor a su hermosa tierra esta empresa superior a sus fuerzas o a sus medios. En Huéscar está impreso su libro, y quéjanse en el prólogo los autores de no haberles acompañado la fortuna. No comprendemos por qué insertan poesías de poetas consagrados, Góngora, Lista, Martínez de la Rosa y duque de Rivas solamente, prescindiendo de Rioja, Herrera, Andrade, Caro, Urquijo y tantos otros. Olvidan a Almendros entre los individuos en la Antología que no son pocos. El trabajo, no obstante esas deficiencias, es meritorio y digno de aplauso.”<sup>61</sup>

Treinta y siete años más tarde, en 1952, la antología de Portillo y Vázquez de Aldana fue rescatada del olvido por el poeta José Luis Cano, al referirse a ella en la primera edición de su *Antología de poetas andaluces contemporáneos*<sup>62</sup>. Según este autor, fue la primera recopilación que se hizo de poetas andaluces, exceptuando las referidas a periodos antiguos. Al igual que Cansinos, Cano reprocha la ausencia de los hermanos Machado y la mínima presencia de Juan Ramón Jiménez con una sola poesía, mientras otros autores apenas conocidos están

sobradamente representados. También critica a Portillo por incluirse él mismo “sin ruborizarse”, a pesar de que el propio Cano también se incluye en su *Antología de poetas andaluces contemporáneos*. Afirma además:

“No hace falta decir que a Bruno Portillo le gustaba la poesía que él mismo escribía (eso les suele pasar a todos los poetas), que era la peor, la más retórica, pomposa y ornamental, es decir, la menos auténticamente andaluza. Sin embargo, no debe desdeñarse el empeñado esfuerzo de mi anterior colega en esta tarea, porque, querámoslo o no, en su *Antología de Huéscar*, en sus páginas hoy amarillentas y olvidadas, hay algo del espíritu y del ingenio andaluz, siquiera no sea el de mayor hondura y claridad. [...] Ni por un instante pensó Portillo en plantearse problemas de rigurosa selección estética. Aspiraba sólo a reunir en su florilegio la mayor cantidad posible de poetas andaluces, de modo que cupieran en él no sólo los mejores y los buenos, sino los medianejos, e incluso los que prometían, por muy jóvenes que fuesen. [...] El bueno de Portillo pecó por exceso, dando cabida en su *Antología* a una gran cantidad de poetas de cuarto orden, de falsos poetas, hoy justamente olvidados.”

Ciertamente, la *Antología de poetas andaluces* que Portillo y Aldana editaron en 1914 es excesivamente amplia por incluir a un número muy elevado de autores, muchos de los cuales simples aficionados y por ello no pueden ser considerados poetas.

Fue una edición muy modesta, de mala calidad material, barata –como le gustaba a Portillo, que defendía la difusión cultural a bajo coste–, y de escasa difusión, si bien, como en el caso del resto de sus obras, desconocemos el número de ejemplares que se imprimieron. Hoy día es una recopilación tan olvidada como los versos de la inmensa mayoría de los poetas que recoge, pero no deja de ser significativo el hecho de que, pese a los defectos que se le puedan achacar, haya sido la primera intentona de reunir lo mejor de la lírica andaluza, y que fuesen dos autores tan modestos como Aldana y Portillo los que se atrevieron a llevar a cabo la tarea.

#### 4. LOS TEMAS QUE INSPIRARON LA OBRA DE BRUNO PORTILLO.

Bruno Portillo siempre escribió acerca de los mismos temas, con muy escasas añadiduras, debidas simplemente al paso inexorable del tiempo y la experiencia que le daban los años vividos, pero sin salirse de aquellas cuestiones sobre las que le gustaba opinar, sobre todo la mujer, el amor, la poesía, los sentimientos y la política. Su primer libro, *Preludios de una lira*, es, a pesar de su juventud (28 años), un buen compendio de su pensamiento, de manera que su posterior obra poética es una continuación de lo ya escrito. Predominan aquí los versos amorosos e inspirados en la mujer, el amor idealizado y la moral cristiana. Hay bastantes poemas autobiográficos y dedicados a amigos y familiares, y apenas unas pocas opiniones políticas. *Obras poéticas* (1908) reúne la novela en verso castellano *El tardo arrepentimiento* y otra amplia colección de poemas, que supone una vuelta a la forma de versificar empleada en su primer libro, tanto en forma

como en contenido. Aquí la presencia de opiniones políticas y acerca de la situación social y económica del país es mucho mayor que en las obras antecedentes. Esta línea continúa en *Rumorosas* (1912), *Relámpagos* (1916), *Centelleos* (1917) y, en menor medida, *Frivolidades* (1917-1923), pero después de este último título, la poesía de Bruno Portillo estará dedicada casi en exclusiva a cuestiones políticas, sociales y económicas.

Es bastante llamativo el absoluto desorden temático con el que Bruno Portillo editaba sus poesías. Salvo en *La dictadura*, *Polítiques* y *Las responsabilidades*, auténticos compendios de opinión política y social, ninguno de sus libros contiene los poemas mínimamente ordenados por su contenido, de manera que opiniones políticas, dedicatorias, versos amorosos, lamentos, conmemoraciones, curiosidades, etc., se suceden sin más orden que el ir uno detrás de otro. En ocasiones, se repite el título de un poema: “Las elecciones” y “Los zurdos”, en *Polítiques* y *Las responsabilidades*; “La patria”, en *Obras poéticas* y *Rumorosas*; “La dictadura”, en *La dictadura* y *Polítiques*; “Quijotadas”, en *La dictadura* y *Las responsabilidades*.

#### 4.1. LA MUJER Y EL AMOR.

En ambos temas se inspiró Bruno Portillo para la composición de gran parte de su obra, sobre todo en sus años de juventud. Exalta la belleza de la mujer como la más perfecta creación de Dios, idealización de la hermosura y fuerza natural que puede regir el mundo, y como fuente de placer para el hombre, no solo sexual, sino también en su aspecto afectivo, que proporciona satisfacción cuando los sentimientos hacia una mujer son correspondidos. De hecho, aunque el poeta defiende sin tapujos que tanto el hombre como la mujer han de gozar el amor en su juventud y no dejar pasar los años sin aprovecharlos, también, contradictoriamente, aboga por las relaciones amorosas conforme a la estricta moral de la época, castas y puras antes del matrimonio, que condenaban a la castidad o a la clandestinidad sexual a los solteros y viudos, sobre todo cuando se trataba de mujeres. El hombre debe por tanto contener sus deseos y ejercer como guardián de la pureza y honestidad de la mujer, de las que depende el honor de toda su familia. La mujer ha de ser buena hija, buena madre y buena esposa, y no ha de entregar su castidad sino al esposo. El paso de los años y la vejez acentuaron estas ideas, con versos cada vez más moralizantes y más dados al amor ideal y distante, que al goce carnal del mismo.

Hay mucho de autobiográfico en los versos de Bruno Portillo, y en cuestiones de mujeres no faltan ejemplos. El poeta dice literalmente en uno de sus poemas: “Escribo al año diez días, / si acaso a los diez llevo, / y los demás me paseo, / y estudio, y *hago el amor*”<sup>63</sup>; y en multitud de ocasiones recuerda las veces en que su amistad con las mujeres le ha procurado algo más que gratas conversaciones, presumiendo además de no haber conseguido ninguna llevarlo ante el altar, dada su oposición a casarse por considerar que es bastante difícil que una mujer sea capaz de convivir con él. Igualmente, se opone a las declaraciones de amor con palabras formales y enrevesadas, y a los matrimonios que no se basan en el amor verdadero, porque no dan la felicidad. Parece que la búsqueda del amor de las mujeres le dio bastantes disgustos, pues muchos son los versos que dedica a

expresar el arrepentimiento por haber dedicado miradas y gestos de manera precipitada, y la amargura y el dolor provocados por el desamor.

#### 4.2. EL CANSANCIO VITAL Y LA AMARGURA ANTE LA VEJEZ.

Antes de cumplir los treinta años se consideraba Bruno Portillo más cerca de la senectud que de la juventud; es una sensación de vejez prematura que se refleja en versos llenos de melancolía y de tristeza ante el paso de los años y las malas experiencias de la vida. La muerte, la preocupación por dejar en este mundo a seres queridos, la confianza en el juicio sereno de Dios y la esperanza en que la tranquilidad de la sepultura sea una materialización en el mundo de los vivos de la felicidad eterna en el cielo, son temas muy recurridos a lo largo de toda la trayectoria poética de Bruno Portillo. A veces no hay una explicación al dolor que inspiró determinados versos; otras veces la encontramos en la pérdida casi total de la visión a edad muy temprana, el gusto de la gente por hacer comentarios y murmuraciones sobre los demás, y los desencantos causados por su actividad política y su participación en certámenes y concursos literarios, rodeados de polémicas, injusticias y enchufismos.

#### 4.3. DEFENSA DE LA RELIGIÓN.

Precisamente es la creencia en Dios uno de los refugios de Bruno Portillo para intentar olvidar su pesimismo y sus amarguras presentes y pasadas. Dios, independientemente de su nombre, es fuente de bien y consuelo para el hombre. Las ideologías modernas enemigas de la religión, como el anarquismo, a las que ataca con dureza, deben ser eliminadas para llevar a cabo la necesaria regeneración de los pueblos, sumidos en una crisis moral que les ha llevado a prohibir la exhibición de símbolos religiosos en Francia y a negar la existencia de Dios. Hay una firme confianza en Dios para que la humanidad consiga imponerse en su aspecto más positivo, de justicia y bondad, y se acabe con la codicia y la destrucción.

#### 4.4. LOS GUSTOS LITERARIOS Y LA LITERATURA COMO INSPIRACIÓN.

Bruno Portillo no era precisamente admirador de las nuevas tendencias literarias y los gustos de los entendidos del momento. Aparte de algunos de los poetas universales como Lope de Vega, Portillo mostró especial predilección por autores españoles contemporáneos, algunos muy pronto olvidados. *En la frontera* (1917) es un buen ejemplo. En ella menciona autores y obras de su aprecio: Julio Nombela (1836-1919), a quien dedica esta novela tras leer la suya titulada *La flor de la nieve*, cuyas páginas pone en manos de su protagonista; Armando Palacio Valdés (1853-1938), *Tristán o el pesimismo*; Emilia Pardo Bazán (1851-1921), *Memorias de un solterón*; Ricardo León (1877-1953), *Comedia sentimental*; Juan Valera (1824-1905), *Juanita la Larga*; Gaspar Núñez de Arce (1834-1903), poema "La pesca"; y Ramón de Campoamor (1817-1901), el autor a quien más ensalza en sus poesías y novelas; además, titula como "Dolora" un poema de *Preludios*

de una lira, y da a la segunda parte del mismo libro el título *Ayes del alma*, que es también el de una de las obras de Campoamor.

No ocultó su disgusto por las preferencias estilísticas de los críticos de su tiempo y la proliferación de autores en su opinión carentes del espíritu y las virtudes innatas propias de los poetas, y rechazaba que la poesía estuviese en proceso de desaparición:

“La docta Sociedad que usted preside [Ateneo de Madrid] ha discutido en época no remota si la forma poética está o no llamada a desaparecer de la moderna literatura, y es indudable que hay en aquella atmósfera cierto ambiente de hostilidad para los poetas. Bien sabe usted, y saben también cuantos dirigen las solemnidades del Ateneo, que no he intentado hasta ahora dar en él lectura de mis poesías como hacen, aunque rara vez, algún que otro vate no bien informado de los gustos que allí dominan.”<sup>64</sup>

Y añade más:

“No soy yo de los que desconocen que los enemigos de la poesía tienen en muchos casos motivos sobrados para no solazarse con las lecturas de composiciones en que se apuran temas ya agotados [...] si la poesía no responde al gusto y a la cultura de nuestra época, habrá a lo sumo derecho para exigir que se funda en nuevos moldes y de ningún modo será lícito condenarla en absoluto. [...] Somos [los poetas] acreedores a que al menos se juzguen nuestras obras sin prejuicios de escuela ni ensañamientos que tiendan a desalentar a los autores.”<sup>65</sup>

Portillo muestra en muchas ocasiones su profundo rechazo por el modernismo, a cuyos autores llega a calificar como “decadentes o modernistas enfermizos y estrafalarios”<sup>66</sup>. Para él, la poesía debe ser sencilla, libre de artificios y recursos técnicos innecesarios, que sirva para enseñar y acercar la cultura al pueblo llano, y no para embaucarlo y sorprenderlo con palabras y maneras que no entiende. También critica a la “aristocracia del saber”, que domina el sector de la crítica literaria, a la que acusa de estar formada por un grupo de amigos que elogian inmerecidamente a unos autores y olvidan por conveniencia a otros, lo que ha causado la situación de decadencia en que según él se encuentra la poesía<sup>67</sup>.

Considera a los poetas como hombres extraños, problemáticos y a veces locos –los únicos que consiguen lectores, según él–, aunque defiende la capacidad innata del poeta para expresar sentimientos y defenderse de los ataques con la pluma, sin tener que recurrir a las influencias políticas. Uno de los personajes de *Los vándalos del día* está escribiendo un drama titulado *Lucha de caciques* y anda siempre a solas dando vueltas al texto, ante las miradas y los comentarios de sus amigos y familiares, que lo ven como una persona rara. La crítica literaria no es el hilo argumental de sus obras dramáticas ni narrativas, pero sí aparece a veces en los argumentos. Sí lo es en algunas de sus poesías. Otras veces lo que le sirve de inspiración para hacer versos es la poesía por la poesía, el gusto de escribir y pasar un rato entretenido. Una flor, un pájaro, un sonido de la calle, una historia imaginaria o la propia poesía como arte, fueron en varias ocasiones motivo para ponerse a versificar, a veces muy brevemente.

#### 4.5. VERSOS AUTOBIOGRÁFICOS.

En bastantes ocasiones refiere Portillo algunas de sus experiencias vitales: su presencia en actos sociales y culturales de la burguesía madrileña, como veladas teatrales y musicales, y la asistencia a las conferencias del Ateneo; su actividad creativa en el campo literario; lecturas poéticas en reuniones y fiestas de caridad, visitas a algunas ciudades, su vida privada (ciego, soltero por firme vocación, fumador de habanos, de carácter extravagante, aficionado a escribir en soledad), los desengaños políticos, enfrentamientos con editores, empresarios y directores de periódicos, etc.

#### 4.6. VERSOS DEDICADOS.

Son muchos los poemas que Bruno Portillo escribió para dedicarlos a personas que formaban parte de su círculo de familiares y amigos, destacando sus cualidades humanas y dándoles consuelo en momentos de amargura. Dedicó versos a tíos, primos, sobrinos (hijos de sus primos), amigos, actrices de teatro, y personajes de la burguesía madrileña, la política, la literatura y el Ejército, y hasta a las Hermanas de la Caridad que regentaban el Asilo de Ancianos Desamparados de Huéscar. Algunos de estos poemas fueron escritos no para ser publicados, sino como regalos personales destinados a quedar escritos en los abanicos de ricas damas<sup>68</sup> o a formar parte de álbumes, pequeñas colecciones de composiciones poéticas y musicales muy habituales entre las familias adineradas del siglo XIX español. Otros muchos fueron compuestos con motivo de un matrimonio, un fallecimiento, una efeméride, un hecho trivial –una enfermedad, la construcción de una capilla, el envío de unos jamones a su amigo Abellán– o simplemente por amistad. Otros pocos los escribió para ensalzar la belleza de alguna ciudad (Granada, Zaragoza, Gerona), y también fue autor de una plegaria a la Virgen de las Angustias, patrona de Granada.

#### 4.7. HECHOS HISTÓRICOS EN LA OBRA DE BRUNO PORTILLO.

El pasado y el presente están en la poesía de Bruno Portillo más en referencias sueltas y opiniones políticas que en poemas escritos expresamente para conmemorar un acontecimiento u opinar sobre un aspecto muy concreto de la actualidad, aunque hay un poco de todo. Recurre al pasado para ensalzar el patriotismo y la lucha por el avance de los pueblos, comparando el heroísmo de los caídos en defensa de España y el cristianismo con la decadencia moral e ideológica de finales del siglo XIX. Abundan sobre todo las referencias a la Edad Media y a los tiempos de los Reyes Católicos y la conquista de Granada, el emperador Carlos V y los héroes de 1808, entre los cuales se encontraban varios de sus antepasados.

En cuanto al presente, los temas son muy variados: las terribles inundaciones en la huerta de Murcia en octubre de 1879; la trágica muerte del heredero del imperio austro-húngaro, Rodolfo de Austria, y su amante María Vetsera, en enero de 1889; avances de la ciencia como el telégrafo sin hilos y el submarino como arma

de guerra; el fin de la Tercera Guerra Carlista en 1876; la pacificación de Cuba y la muerte de la reina María de las Mercedes en 1878, los terremotos de Granada en la Navidad de 1884, la Primera Guerra Mundial, la instauración y la caída de la dictadura de Primo de Rivera, la Guerra de Marruecos, etc.

#### **4.8. LA CRÍTICA POLÍTICA, SOCIAL Y ECONÓMICA.**

Todos los libros de poesía y casi todas las demás obras de Bruno Portillo contienen opiniones acerca del estado del país y sus problemas, el Gobierno, los jueces, los políticos, etc. Su experiencia como diputado a Cortes y provincial, su actividad literaria y el hecho de ser un bien situado propietario agrícola, le permitieron conocer de cerca las satisfacciones y las amarguras de la acción política y el trato con los campesinos míseros y analfabetos.

Toda su vida estuvo reprochando con su pluma los abusos de los políticos, causantes del desastre de 1898, expertos en intrigas parlamentarias, que saqueaban con total impunidad las arcas del Estado y aumentaban sus patrimonios a costa de municipios y pequeños propietarios usurpados con descaro, y manipulaban las elecciones ante la pasividad de jueces y autoridades; la indiferencia de los poderes públicos ante la situación mísera de gran parte del campesinado y el proletariado urbano; la corrupción de la Justicia, al oscuro servicio de diputados, gobernadores, alcaldes y caciques, siempre en perjuicio del pueblo; las nefastas reclutas de soldados entre los hombres del pueblo llano, la mayoría ignorantes, faltos de ver mundo e ineptos para empuñar las armas y afrontar una guerra; los embargos a familias pobres por el impago de algunos impuestos, no por afán de defraudar sino por no disponer del dinero para pagarlos, etcétera.

El hecho de ser rico propietario agrícola no impidió a Bruno Portillo comprender que la situación de miseria de la mayor parte de los campesinos y el abuso de muchos caciques era profundamente injusta y acabaría de manera violenta si no se reducían las diferencias entre ricos y pobres. De ahí las duras críticas a los propietarios y empresarios que hacían vida ostentosa y maltrataban a sus trabajadores, contra quienes empleaban métodos no violentos pero infalibles para imponer su voluntad, y el que abogase por el acercamiento de la cultura y la instrucción a los obreros del campo y la industria, y la mejora de sus condiciones de vida mediante una justa remuneración del trabajo, la promulgación de leyes de protección social y el abaratamiento de los productos de primera necesidad. En definitiva, promover la justicia social y favorecer el progreso de las clases más desfavorecidas gracias al trabajo honrado y una economía familiar responsable por parte de los campesinos, a quienes acusaba de malgastar su escaso dinero en fiestas, romerías y vicios.

Sus cantos a la Patria y al espíritu de los pueblos acaban muchas veces legitimando, pidiendo y prediciendo la rebelión violenta del pueblo y el Ejército contra el Gobierno y la imposición de un régimen autoritario, a pesar del temor que le causaba la posibilidad de que un dictador se asentase en el poder por muchos años. Celebró la instauración de la dictadura de Primo de Rivera, pero la intención del General de alargar la dictadura le llevó a escribir en contra del Directorio y a sufrir

la consecuente censura de parte de sus escritos<sup>69</sup>. Aunque reconoció los méritos del nuevo régimen, como la pacificación de Marruecos, la reducción de la conflictividad en el campo y la industria, y el intento de modernización del país, no dejó de recordar que no se acabó con la injusticia social, los abusos de autoridades y caciques y la falta de aptitud e interés de los políticos para solucionar los muchos problemas que aquejaban a España.

No era Portillo monárquico ni republicano ni amigo de dictadores perpetuos, y se oponía a todo fanatismo político e ideológico; se definía como “individualista autoritario” y “demócrata cristiano”, pero no creía en una falsa democracia que practicaba por doquier el pucherazo electoral y engañaba a los ciudadanos para beneficio de los poderosos. Defendía a ultranza la propiedad privada y rechazaba tanto a quienes querían enriquecerse explotando a los pobres, como a los campesinos que soñaban con expropiar sus legítimas posesiones a los hacendados. Repudiaba a los holgazanes y las ideologías subversivas del orden social y enemigas de la religión y la tradición cristianas, como el anarquismo y el comunismo, con sus prácticas violentas contra propietarios de tierras e industrias, y reclamaba un gobierno fuerte y autoritario que acabase, por las buenas o por las malas, con las huelgas y las revueltas en el campo y la industria.

En el ámbito de la política internacional, Portillo se opuso al colonialismo por ser una maniobra de explotación disfrazada de intenciones civilizadoras, especialmente el afán territorial de franceses y alemanes en el norte de África. Defendió la necesidad de reconstruir la escuadra española, y avisó del peligro de la escalada militarista que enfrentaba a Alemania y Francia, que estaba creando una profunda enemistad entre sus pueblos, y más tarde lamentaría en varias ocasiones los desastres de la Primera Guerra Mundial, consecuencia de esa rivalidad.

## 5. CONCLUSIÓN. EL AUTOR EN SU ÉPOCA.

La desaparición de la mayor parte de la documentación personal de Bruno Portillo, entre la que hemos de contar la correspondencia, nos impide conocer con amplitud con qué otros escritores tuvo relación aparte de los que ya conocemos por lo que él mismo escribió en sus libros: aquéllos que también fueron ensombrecidos por los grandes nombres de su tiempo, como Clarín, Galdós y quiénes formaron las generaciones de 1898, 1914 y 1927. En ella hubiésemos podido encontrar seguramente opiniones más certeras sobre sus preferencias literarias, el seguimiento de las nuevas publicaciones, y comentarios de otras personas a su propia producción, que nos darían una idea más exacta de lo que ésta supuso en su época.

De sus palabras escritas podemos deducir el gusto por la novela realista, descriptiva de la realidad de la España contemporánea, con sus virtudes y sus defectos, aunque sirviendo como escenario para el desarrollo de argumentos reiterados y con situaciones a veces pasadas de moda, como el duelo a muerte para reparar el honor mancillado. La vida de los pueblos rurales del sur y el papel de las diferentes clases sociales se repiten de una novela a otra, sin que la aparición de un nuevo

título suponga novedad alguna ni en el estilo ni en el contenido. Los argumentos centrados en las escenas burguesas y la vida cotidiana del mundo rural y los amores desiguales o no correspondidos tenían su público, pero la repetición de temas ya muy vistos en otros autores, algunos mencionados expresamente, añadía al mundo de las librerías más de lo mismo, mientras otros nombres, como Pío Baroja, Valle Inclán o Unamuno contaban cosas nuevas, y con otros sentimientos, más pegados a la realidad de la gente cuando se trataba de mostrar disconformidad con el presente, más comprometidos con la necesidad de cambiar el país, y con una manera distinta de expresar las experiencias que siempre pueden inspirar a un escritor, como la tristeza, la soledad, la esperanza o la felicidad. Era en este sentido un autor que se veía venir, y que por tanto debió quedar pronto encasillado por los lectores. No introduce expresamente la crítica social, sino que recrea en sus personajes y las actitudes de éstos aquellas cosas de las que se quejaba en sus versos y escritos políticos, y cada lector que las interprete, ayer y hoy, como considere. Simplemente su estilo no era el de la crudeza de Emilia Pardo Bazán y Vicente Blasco Ibáñez, sino uno más suave, más centrado en hilar un argumento que en mover las conciencias de los lectores, fin para el que reservaba otros ámbitos de escritura.

Su variopinto y muy escaso teatro tampoco es en nada renovador; el marido celoso, el amor de dos hombres por la misma mujer y los manejos electorales de los caciques eran temas muy poco imaginativos, ya conocidos del público, y reiterativos en las páginas de Portillo. Podría entretener su representación en un teatro, pero no causar sensación ni despertar elogios más allá de expresar una buena opinión.

La poesía, verdadera vocación intelectual de Bruno Portillo, siguió una trayectoria idéntica a lo arriba descrito. El amor, el desamor, el honor, la situación política, el caciquismo, etc., aparecen también aquí por doquier desde 1883 hasta 1930, de manera que también como versificador era el escritor perfectamente previsible: siempre los mismos esquemas métricos, siempre los mismos temas —a partir de 1923 casi exclusivamente cuestiones políticas y sociales, muy repetitivas—, siempre el mismo vocabulario y el mismo estilo, etc., hacen que las poesías escritas en su adolescencia no se diferencien demasiado de las escritas medio siglo después.

El poeta no seguía las ideas formales ni estéticas de las nuevas tendencias literarias, no pretendía innovar en nada y valoraba erróneamente las novedades estilísticas como formas destructoras de la poesía y de la creación literaria en general, cuyos fines no han de ser artísticos sino terrenales, materiales, sociales. Valoración equivocada desde el punto de vista de las posibilidades de éxito editorial y reconocimiento de la crítica, por más que esto le trajese sin cuidado y por más que su opinión fuese perfectamente respetable por parte de quienes escribían con objetivos más espirituales o más encaminados a hacer negocio vendiendo libros y llenando teatros.

Las páginas de Portillo responden a su experiencia vital en Madrid y en el campo de la España meridional, y a lo que la literatura suponía en su vida: un entretenimiento para él y para los lectores, y un instrumento para el enriquecimiento cultural de estos. Por atender a eso y no a intereses editoriales ni a los gustos de los círculos académicos, que quizá le hubieran brindado mayor éxito, escribía cuando quería, acerca de lo que quería y lo que le gustaba; imprimía a su costa en

simples imprentas de barrio o de pueblo, haciendo ediciones cortas y baratas y por ello de escasa calidad material, y regalaba muchos de los libros, si bien del destino de sus ediciones tampoco sabemos mucho. Algunas de sus obras las publicó muchos años después de haberlas escrito, incluso décadas, sin preocuparse de que el paso de tantos años hubiese trasnochado los argumentos o el estilo de su pluma estuviese desfasado. Al igual que otros escritores que dedicaban su tiempo sobre todo a la política, la ciencia o la diplomacia, como Campoamor, Echegaray o Juan Valera, Bruno Portillo no era un escritor de profesión, y dedicaba su vida a administrar su patrimonio y vivir cómodamente.

Buena parte de su obra literaria responde a los deseos de regeneración política y social del país que tantas veces expresó, pero adolece de falta de realismo y de tratar con normalidad algunas situaciones manifiestamente injustas, como los hijos nacidos clandestinamente de señoritos y sus criadas, o los matrimonios desiguales entre ancianos y jóvenes muchachas, esto último ya entonces bastante anacrónico, sobre las que no opina, como si fuesen cosas que no se pueden evitar, que están ahí y forman parte de la vida. Es cierto que criticó muy duramente en sus versos las desigualdades sociales y la falta de interés político para reducirlas, pero la normalidad con que trataba algunos temas no se correspondía con la dureza de los silencios humillantes que el poder caciquil imponía en el campo andaluz, ni con la necesidad de renovación mental y cultural del país, como condición necesaria para iniciar un cambio real que acabase con las diferencias enormes entre ricos y pobres. Muchos de los trágicos sucesos de 1936-1939, que Portillo se libró de presenciar y probablemente de sufrir en sus carnes, fueron precisamente consecuencia de la rabia acumulada entre la gente del campo, sometida durante generaciones a condiciones de vida y trabajo penosas, y condenadas al analfabetismo y a la miseria. La anarquía de la Guerra Civil proporcionó a muchos de esos míseros jornaleros la ocasión propicia para realizar sus deseos de venganza y atacar a quienes desde tiempo inmemorial representaban en el imaginario colectivo el poder sobre el dinero y sobre las conciencias: los ricos y la Iglesia.

En este sentido, la España de la Restauración era mucho más que eso: también era la de los cambios ideológicos manifestados en la reclamación del derecho al voto para las mujeres, las reivindicaciones laborales de los obreros agrícolas e industriales y la creciente influencia en la sociedad de las organizaciones sindicales y los movimientos contrarios a la Iglesia Católica y todo lo que ésta representaba. No hay duda de que el radicalismo caló profundamente entre quienes asumieron las nuevas ideologías procedentes del marxismo decimonónico, pero también es cierto que las ideas de justicia social que Portillo tantas veces versificó no podían llevarse a la práctica sin comprender el origen de las nuevas doctrinas, renovar la estructura de la propiedad agraria española y plantear un modelo educativo moderno encaminado a cubrir las necesidades del país, pues la enseñanza española de los años de la Restauración era incapaz de hacerlo.

Sus deseos de cambio, de justicia social, no se veían concretados en propuestas definidas. Es cierto que en su actividad privada intentó impulsar el progreso de su tierra, como se dijo en páginas anteriores, pero su temprano desencanto de la actividad política le llevó a criticar sin proponer soluciones objetivas y exactas.

Puede aplaudirse el deseo de expansión de la cultura a los campesinos y sus intentos de hacerlo, a los que dedicó parte de su fortuna personal, pero tampoco se puede negar que la solución a la mísera y dura vida de los jornaleros pasaba por realizar profundas reformas en el ámbito laboral y agrario más que por imprimir libros de poesía o revistas locales a precios populares, o promover una educación religiosa que poco podía aportar más allá de la lectura y escritura básicas. Era una labor filantrópica loable, pero perpetuadora del injusto esquema social establecido.

Quizá Bruno Portillo era de una generación no preparada para asumir lo que se le venía encima a las sociedades europeas de aquellos años, para convivir con la expansión del laicismo, la lenta incorporación de la mujer al mundo laboral, la expansión de las ideologías que derribaban estructuras y roles sociales establecidos desde mucho tiempo atrás, que socavaban el dominio de los grandes propietarios y luchaban por acabar con las injusticias por las buenas o por las malas. Y quizá también era ya incapaz de aceptar que la literatura avanzaba por caminos distintos a aquéllos por los que discurría su pluma: caminos de renovación estilística y temática, de reflexión intelectual profunda, de crítica certera a los tabúes sociales —el teatro de García Lorca es demoledor—, de alejamiento de los tópicos de la España atrasada y apartada de Europa, cuestionadora de dogmas morales.

Bruno Portillo fue un hombre consecuente con sus ideas sobre lo divino y lo humano. Las palabras que dejó escritas y la difusión de las mismas son la consecuencia de ello, y el legado que nos ha quedado a quienes hemos llegado después de él.

## FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA.

### FUENTES.

Archivo del Ateneo de Madrid.  
Archivo de la Excma. Diputación Provincial de Granada.  
Archivo Histórico Municipal de Huéscar.  
Archivo Histórico Nacional, Madrid.  
Archivo Jaime Dengra Uclés, Huéscar.  
Archivo Parroquial de Santa María la Mayor de Huéscar.  
Archivo Vicente González Barberán, Granada.  
Biblioteca del Ateneo de Madrid.  
Biblioteca Nacional de España, Madrid.  
Hemeroteca del diario *ABC*.  
Hemeroteca del diario *La Vanguardia*.  
Hemeroteca Nacional, Madrid.

**BIBLIOGRAFÍA.**

- CANO, José Luis. *Antología de poetas andaluces contemporáneos*. Madrid: Cultura Hispánica, 1952.
- «La poesía política de un olvidado: Bruno Portillo»: *Papeles de Son Armadans*, 192 (Palma de Mallorca, 1972), p. 305.
- CRUZ ARTACHO, Salvador. *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad rural en Granada, 1890-1923*. Madrid: Ediciones Libertarias, 1994.
- CHECA GODOY, Antonio. *Historia de la prensa andaluza*. Sevilla: Fundación Blas Infante, 1991.
- GONZÁLEZ BARBERÁN, Vicente. «Tres ministros de Huéscar. Dos que sí y uno que no»: *Úskar. Revista de información histórica y cultural de la comarca*, 2 (Huéscar, 1999), pp. 53-83.
- LAGUNA RECHE, Jesús Daniel. «Recuerdo de un literato granadino en el 150 aniversario de su nacimiento. Bruno Portillo y Portillo (1855-1935)»: *Alonso Cano. Revista Andaluza de Arte*, 6 (2005).
- *Antología de un poeta olvidado. Bruno Portillo y Portillo (1855-1935)*. Huéscar: Fundación Nuestra Señora del Carmen y Fundación Portillo, 2012.
- MARTÍNEZ PUNZANO, Gregorio. *Huéscar a tu alcance*. Granada: Proyecto Sur, 1992.
- PORTILLO Y PORTILLO, Bruno. *Preludios de una lira*. Madrid: Eduardo Martínez, 1883.
- *Entretenimientos. Leyendas y poemas*. Madrid: Hernando y Compañía, 1890.
- *Los sobrinos del ex-presidente Silvela y el acta de Huéscar*. Madrid: Hernando y Compañía, 1901.
- *Obras dramáticas*. Huéscar: El Campesino Andaluz, 1906.
- *Preludios de una lira*. Huéscar: El Campesino Andaluz, 1912.
- *Hijos ilustres de Huéscar y pueblos comarcanos en el siglo XIX*. Granada: Paulino Ventura, 1931.
- PORTILLO Y PORTILLO, Bruno y VÁZQUEZ DE ALDANA, Enrique. *Antología de poetas andaluces*. Huéscar: El Campesino Andaluz, 1914.
- VÁZQUEZ DE ALDANA, Enrique. *Nodos*. Madrid: R. Velasco, 1911.
- *Al pie de la reja*. Madrid: R. Velasco, 1917.

## NOTAS

1. Archivo Histórico Nacional. Órdenes Militares, Alcántara, exp. n. 14953. *Expediente para la obtención del hábito de la Orden Militar de Alcántara* (1903).
2. Sobre esta cuestión, que no es pertinente detallar aquí, vid. LAGUNA RECHE, Jesús Daniel. «Recuerdo de un literato granadino en el 150 aniversario de su nacimiento. Bruno Portillo y Portillo (1855-1935)»: *Alonso Cano. Revista Andaluza de Arte*, 6 (2005). Algunos datos habían sido publicados anteriormente en GONZÁLEZ BARBERÁN, Vicente. «Tres ministros de Huéscar. Dos que sí y uno que no»: *Úskar. Revista de información histórica y cultural de la comarca*, 2 (Huéscar, 1999), pp. 53-83; y PORTILLO Y PORTILLO, Bruno. *Hijos ilustres de Huéscar y pueblos comarcanos en el siglo XIX*. Granada: Paulino Ventura, 1931.
3. El parentesco le venía a través del segundo apellido de sus abuelos, Fernández de Velasco, abreviado como Velasco. En el archivo de Vicente González Barberán se conserva la documentación genealógica elaborada para el expediente de rehabilitación de los extintos Condado de Colmenar de Oreja y Marquesado del Fresno, pertenecientes a la Casa Ducal de Frías, a favor de Bruno Portillo y Portillo, quien no tuvo tiempo para llevarlo a término.
4. Quedó libre del servicio militar mediante despacho dado en Granada a 4 de noviembre de 1875 (Archivo Vicente González Barberán).
5. Esta casa fue conservada por la familia hasta su destrucción durante la Guerra Civil.
6. Varios de esos desplazamientos aparecen en revistas de la época. Pueden consultarse en la web de la Hemeroteca Nacional.
7. Nombramiento y confirmación del mismo tras el pago de tasas en *El Día* (Madrid, 21 de abril y 27 de diciembre de 1892).
8. Noticia de la concesión del título en *El Día* (Madrid, 17 de octubre de 1893).
9. Ingresó con el número 7.246. Fue baja el 30 de junio de 1912 y con posterioridad consta haber sido socio durante periodos muy breves en los años 1913, 1917, 1921, 1923 y 1924, causando múltiples altas y bajas sin que sepamos los motivos. Datos facilitados por Clara Herrera, del Archivo del Ateneo de Madrid.
10. Conservado el original en el archivo de Vicente González Barberán.
11. Era un Ford de gasolina con ruedas de hierro, conducido por mi abuelo Florentino Laguna García (1910-1997), quien, junto a sus hermanos Francisco (1901-1973) y Luis (1904-1997) y su padre, Carlos Laguna Palencia (1876-1970), trabajaron en las propiedades de don Bruno. También fue uno de los obreros que montaron en el cementerio el panteón familiar del poeta, y uno de los testigos de su entierro.
12. Cfr. CHECA GODOY, Antonio. *Historia de la prensa andaluza*. Sevilla: Fundación Blas Infante, 1991.
13. *La Época* (Madrid, 8 de agosto de 1921). Vicente González Barberán me comentó que se trataba de un aeroplano militar para su uso en la Guerra de Marruecos.
14. Escritura de fundación otorgada ante el notario de Huéscar, Emiliano Martínez Muñoz, el 18 de septiembre de 1925. Vid. LAGUNA RECHE, Jesús Daniel. *Antología de un poeta olvidado. Bruno Portillo y Portillo (1855-1935)*. Huéscar: Fundación Colegio Nra. Sra. del Carmen y Fundación Portillo, 2012.
15. El 25 de agosto de 1889 Bruno Portillo viajó a Málaga junto a Antonio Dueñas y Juan José Serrano para entrevistarse con Francisco Silvela y presentarle documentos sobre el asunto [*La Época* (Madrid, 2 de septiembre de 1889)]. Andrés García de la Serrana se defendió en una carta publicada ese mismo día en *El País*, contestada por Bruno

- Portillo con otra fechada en Huéscar el 7 de septiembre y aparecida en *La Época* el 18 de septiembre de 1888.
16. *El Día* (Madrid, 6 de diciembre de 1890).
  17. *El Día* (Madrid, 21 de abril de 1892); y datos facilitados por el servicio de archivo de la Excma. Diputación Provincial de Granada.
  18. *La Correspondencia de España* (Madrid, 9 de febrero de 1886); y *La Iberia* (Madrid, 4 y 13 de abril de 1896).
  19. Todos los detalles de la impugnación del acta pueden leerse en el breve alegato defensivo publicado por el afectado (PORTILLO Y PORTILLO, Bruno. *Los sobrinos del ex-presidente Silvela y el acta de Huéscar*. Madrid: Hernando y Compañía, 1901).
  20. Archivo Parroquial de Santa María (Huéscar). *Libro 17 de Entierros*, f. 199v, partida n. 34 (5 de marzo de 1935). La esquila que informaba del fallecimiento de don Bruno, aparecida el mismo día 3 de marzo en el diario *La Verdad* de Murcia, anunciaba el entierro para el día siguiente, lunes 4 de marzo.
  21. Pascual Dengra López (Huéscar, 1891-1976), recordado maestro nacional y abogado en ejercicio, trabajó con don Bruno desde 1903 leyendo la correspondencia y demás documentación, y el poeta le costeó sus estudios. Ejerció la enseñanza primero en Villacarrillo (Jaén) entre 1914 y 1916, año en que regresó a Huéscar, donde continuó hasta su jubilación, en noviembre de 1958. Fue profesor y director de la Escuela de Artes y Oficios de Huéscar. En 1959 le fue concedida la Cruz de Alfonso X el Sabio, y en 1961 fue nombrado Hijo Predilecto de Huéscar (MARTÍNEZ PUNZANO, Gregorio. *Huéscar a tu alcance*. Granada: Proyecto Sur, 1992).
  22. "Quiero sobre mi tumba solitaria / una flor, un jirón de mi bandera / y el eco de una férvida plegaria". Últimos versos del tercer soneto del poema "A mi reina, a mi musa y a mi gloria", publicado en *Rumorosas* (1912).
  23. Su hijo Jaime Dengra Uclés tuvo la gentileza de facilitarme copia del texto completo.
  24. Archivo Histórico Municipal de Huéscar. *Libro de Actas Capitulares (1934-1935)*, f. 18 r.
  25. José de Castro y Orozco (Granada, 1808-1869) fue rector de la Universidad de Granada, senador y ministro de Gracia y Justicia.
  26. *Preludios de una lira*, prólogo a la 2.<sup>a</sup> edición (Huéscar, 1912).
  27. *Ibidem*.
  28. *El Día*, edición de la noche (Madrid, 5 de junio de 1890).
  29. Referencias en el poema "Mis dramas", incluido en *Preludios de una lira* (Madrid, 1883), y en el prólogo de su *Antología de poetas andaluces* (Huéscar, 1914).
  30. PORTILLO Y PORTILLO, Bruno. *Obras dramáticas*. Huéscar: El Campesino Andaluz, 1906.
  31. El acto, en el que no estuvo presente el autor, se celebró en el Teatro del Liceo la noche del 9 de noviembre. El diario *La Vanguardia* publicó en su edición de la tarde del 11 de noviembre de 1882 la noticia de la concesión del premio. No menciona el título de la obra premiada, y cita al autor como Bruno Portillo y Cortells, lo que quiere decir que nuestro poeta se presentó al certamen con pseudónimo. Tampoco se hace mención de su nombramiento como socio de mérito de la Sociedad Julián Romea, dato que aporta el propio Portillo en la edición de *Obras dramáticas*. El presidente del jurado fue el poeta José Zorrilla, que no pudo acudir al acto y fue sustituido por el periodista y escritor Carlos Frontaura.
  32. Nacido en Algeciras en 1912 y fallecido en Madrid en 1999, fue José Luis Cano, además de poeta, traductor de poesía inglesa y francesa, cofundador de la revista *Ínsula*, director de la colección «Adonais» de poesía, y biógrafo de Federico García Lorca y Antonio Machado.

33. Cfr. CANO, José Luis. «La poesía política de un olvidado: Bruno Portillo»: *Papeles de Son Armadans*, 192 (Palma de Mallorca, 1972), p. 305.
34. Fragmento de la carta que remitió el 1 de mayo de 1878, siendo secretario de la Real Academia Española, al marqués de Corvera, Rafael de Bustos y Castilla, quien le había dado a leer la obra. Publicada íntegra en *Obras dramáticas* (1906).
35. Al igual que en Barcelona en 1882, Bruno Portillo no estuvo presente en el acto. Reconoce que no ha estado nunca en Cataluña en su epílogo a *Hijos ilustres de Huéscar y pueblos comarcanos en el siglo XIX* (Granada, 1931), p. 90.
36. Bruno Portillo le dedicó a su muerte en 1874 un extenso poema, que incluyó en 1883 en *Preludios de una lira*. Vid. LAGUNA RECHE, Jesús Daniel. *Antología de un poeta...*, pp. 124-136.
37. Lo recuerda con cariño en la segunda edición de *Preludios de una lira* (Huéscar, 1912).
38. Conocemos la fecha de composición porque su autor la incluyó al publicarla en 1883 en *Preludios de una lira*.
39. La Sociedad Cervantes fue un club literario que existió en Huéscar entre 1870 y 1872, formado por poetas aficionados y personas de cierta cultura. Bruno Portillo fue, a los catorce años, su miembro más joven.
40. Lectura de la poesía «La mujer y la rosa» [*El Liceo de Granada* (1871), pp. 150 y 160].
41. El poeta y prosista granadino Aureliano Ruiz fue colaborador de las revistas *La Alhambra* y *La Ilustración Española y Americana*, censor de la Real Sociedad Económica de Amigos del País y socio bibliotecario de la Academia de Bellas Artes de Granada. Falleció el 4 de enero de 1899 [A.A.C. «Aureliano Ruiz»: *La Alhambra. Revista quincenal de artes y letras*, 25 (Granada, 15 de enero de 1899), pp. 14-15].
42. Saturnino Calzadilla y Martín, natural de Castilla la Vieja, vivió en Huéscar acompañando a su tío, que era párroco en la iglesia de Santa María. Estudió Teología, Derecho Civil y Canónico y Filosofía y Letras. En 1879 ingresó en el cuerpo facultativo de bibliotecarios, archiveros y arqueólogos, y murió el 3 de septiembre de 1901 siendo oficial de tercer grado y director del Museo Arqueológico de Valladolid y director del Círculo de Obreros de dicha ciudad (vid. PORTILLO Y PORTILLO, Bruno. *Hijos ilustres...*, pp. 71-73; *Gaceta de Instrucción Pública*, 30 de septiembre de 1901, p. 5).
43. Madrid: Imp. de Eduardo Martínez. Dos ediciones, de tapa dura y tapa blanda.
44. Muchos de los artículos que en 1883 se publicaron elogiando esta obra fueron incluidos en la segunda edición, impresa en Huéscar en 1912. El poeta conservaba con mucho cariño los recortes, pero después de su muerte desaparecieron.
45. Así lo hizo la revista bibliográfica *Escenas Contemporáneas* en su tomo 3.º del año 1883, p. 96. Por error se informa de que los pedidos de ejemplares se dirigirán a Huesca, y no Huéscar.
46. D.Ch. «Boletín bibliográfico»: *Revista Contemporánea*, 50 (Madrid, 30 de abril de 1884), p. 510. Se cita el título del libro equivocadamente como *Preludio de una lira* en lugar de *Preludios de una lira*.
47. Él mismo lo recuerda en la segunda edición de esta obra, impresa en Huéscar en 1912.
48. Madrid: Imp. de Hernando y Compañía.
49. Huéscar: El Campesino Andaluz.
50. *Ibidem*.
51. CANO, José Luis. «La poesía política...».
52. Poema «Los sentidos corporales», en *Relámpagos* (Madrid, 1916), p. 26.
53. La amistad, iniciada con el envío por parte de Aldana de un libro de poemas a la redacción de *El Campesino Andaluz* se mantuvo hasta la muerte de Bruno Portillo, quien en su

testamento legó 2.000 pesetas a su amigo. En 1911 Aldana dedicó su libro *Nodos* a Portillo con estas palabras: «Dedicatoria. A don Bruno Portillo y Portillo, poeta muy notable y discretísimo prosador. Su devoto, Enrique Vázquez de Aldana». En 1916 Bruno Portillo le dedicó el poema “A Enrique Vázquez de Aldana” en su libro *Relámpagos*, y en 1917 colaboró en su libro *Al pie de la reja* con un bonito soneto amoroso de igual título, como hicieron otros poetas como Servando Camúñez.

54. Narciso Romo del Pino nació en Huéscar en 1849. Compañero de Bruno Portillo en la Sociedad Cervantes, se licenció en Derecho y ejerció como secretario del Ayuntamiento de Zújar. Era aficionado a la literatura y poeta espontáneo, que versificaba para entretenerse y no corregía lo que escribía (vid. PORTILLO Y PORTILLO, Bruno. *Hijos ilustres...*, pp. 74-79).
55. *ABC* (Madrid, 3 de febrero de 1915).
56. *El Heraldo de Madrid* (Madrid, 1 de enero de 1915).
57. *La Correspondencia Militar* (Madrid, 20 de marzo de 1915).
58. VALLADAR Y SERRANO, Francisco de Paula. «Notas bibliográficas»: *La Alhambra. Revista quincenal de artes y letras*, 402 (Granada, 31 de diciembre de 1914), p. 547.
59. Rafael Cansinos Assens (Sevilla, 1882-Madrid, 1964) fue poeta, ensayista, novelista, crítico literario y traductor.
60. *La Correspondencia de España* (Madrid, 21 de marzo de 1915).
61. *El País* (Madrid, 7 de marzo de 1915).
62. Cfr. CANO, José Luis. *Antología de poetas andaluces contemporáneos*. Madrid: Cultura Hispánica, 1952.
63. Poema “Mis dramas”, en *Preludios de una lira* (Madrid, 1883), p. 257. La cursiva es de Bruno Portillo. El autor inserta en este verso una nota al pie en la que dice: “Perdónenme los académicos esta frase en consideración a la llaneza del estilo”.
64. Palabras dirigidas a Antonio Cánovas del Castillo en su libro *Entretenimientos. Leyendas y poemas* (1890).
65. Prefacio de *Entretenimientos. Leyendas y poemas*.
66. PORTILLO Y PORTILLO, Bruno. «Las exaltaciones del arte»: *La Alhambra. Revista quincenal de artes y letras*, 310 (Granada, 15 de mayo de 1913), pp. 225-228.
67. Sirva como ejemplo el artículo «Opiniones literarias de un campesino», publicado bajo el pseudónimo «Un paria literario», en la edición de *La Época* del 15 de noviembre de 1885.
68. En el siglo XIX un signo de distinción entre las damas de la burguesía española era llevar escritos en los abanicos breves poemas, identificando a la poesía con las clases sociales altas.
69. Parte de un texto censurado fue publicado tras la caída de Miguel Primo de Rivera (PORTILLO Y PORTILLO, Bruno. *Las responsabilidades*. Madrid: Imp. Católica, 1930).